

Para el día
de Pasqua.

sus talentos. Amigos, ò enemigos, quien quiera que seais los que paseis por delante de este epitafio, no espereis ya mas en su favor, ni temais tampoco su poder. Aqui está reducido lo mismo que un gusano, y aun mas despreciable que él, y aqui estará hasta la consumacion de los siglos: *Hic jacet*. Toda la gloria falsa del mundo dió al través, y se terminó en esta sepultura. Esto es asi entre los hombres; pero en un Hombre-Dios empezó en el mismo sepulcro la gloria: en este centro de la debilidad y flaqueza manifiesta su fortaleza. En la obscuridad de una huesa hace resplandecer toda la magestad de un Dios; y en las sombras de la muerte hace brillar toda la magestad de la Divinidad: y veis aqui esta divinidad ya manifiesta en el modo con que resucita el Salvador. ¿Y dónde está aora la autenticidad de este milagro? Busquemosla en las pruebas que indubitablemente nos demuestran esta verdad.

No hablo aqui de las sombras y figuras que anunciaban en el Testamento viejo el Misterio de este día. Limitémos las pruebas, y ciñámonos à los testigos que le predicaron, y à los mismos que le vieron; y ya sea en la confesion de unos, ò ya en la ceguedad y negacion de otros, hallo la mas clara demostracion de la verdad de la Resurreccion. Asi es, dice San Agustin, que las dos cosas, que parece que habia de destruir naturalmente la fé de la Resurreccion del Hijo de Dios; esto es, la incre-

du-

dulidad de los Apostoles, y el odio de los Judios, son justamente los dos medios que empleó Dios para establecer su creencia; y aun quando fuese un Gentil, añade este Santo Doctor, el que intentase examinar por estos dos medios esta verdad, se vería obligado à darla asenso.

Es cosa cierta, que si los Apostoles hubieran sido menos incredulos, huviera sido tambien de menos fuerza su testimonio; pero quando despues de haber despreciado como fabula quanto les contaban en orden à las primeras apariciones del Hijo de Dios; quando despues de haber protestado, como Santo Tomás, que no creerían cosa alguna si no la veían por sus mismos ojos, y tocaban con sus mismas manos; los oygo publicar à voces hasta doce apariciones diversas, que les permitió sondear sus cicatrices, que conversó y comió con ellos; ¿qué duda podré tener de su testimonio? Una gente tan mal dispuesta para creer, y casi determinada à no creer, ¿cómo hubiera podido llegar à ser el apoyo mas firme de un misterio, que habia sido hasta entonces el principio de su incredulidad? ¿Qué interés encontraban en atribuir la Divinidad à un impostor que los habia engañado, y que además de eso, solo les prometia aflicciones y tormentos en la vida? ¿Habia algun motivo para engañar, quando se sabia que toda la recompensa que les aguardaba por su mentira era exponerse à los suplicios mas crue-

les?

Para el día de Pasqua. les? Porque ¿quántos padecieron por sostener la verdad de la Resurreccion? ¿No es preciso, que haciendose predicadores de este Mysterio, esperen el martyrio, se alejen de su patria, atraviesen los mares, corran la tierra, y que segun se les habia profetizado, sea una muerte pronta y violenta la que ponga fin à sus trabajos?

Pasemos adelante, y supongamos por un momento, que hubieran sido tan furiosos, que se sacrificasen à la impostura. Por mas que se esforzasen en aquel tiempo para establecer la verdad de la Resurreccion, como si fuera supuesta, ¿la hubieran podido llegar à persuadir? ¿Qué fuerzas tenian para reducir la obstinacion de algunos, y qué talentos para convencer la incredulidad de otros? No se hallaban los Judios en parage, y en estado de demostrar la falsedad? ¿Es creible en buena fé, que unos pobres pescadores tuviesen bastante crédito, ò bastantes luces, bastante ciencia ò industria para engañar à todo el mundo? Y aun en tal caso diriamos precisamente, que este era un crimen que dió principio à la virtud, y una mentira que mantuvo con el primer alimento à la verdad.

Las precauciones que tomaron los Judios para que no hurtasen el Cuerpo del Salvador, fueron tales, que no hay cosa mas eficaz para probar la Resurreccion, que esta misma providencia de sus enemigos. Tratabase de si habian quitado

la

Para el día de Pasqua. la vida al Mesias verdadero; y para salir de la duda solo habia que esperar tres dias: y à fin de evitar toda sorpresa, pide el Pueblo que se guarde el sepulcro con la mayor vigilancia. Ya empezaba à disputar el dia tercero, y habia que esperar solo un momento para quitarle el velo à este importante Mysterio; y precisamente en este momento decisivo y critico, en este instante que esperan, ¿quereis que se duerman los guardas, y que se duerman todos à un tiempo? ¿Quereis que sus Discipulos, que entonces andaban huidos, sumamente tímidos, y aun al parecer acobardados, sorprendiesen ò forzasen la Guardia pública, quitasen el sello, levantasen la piedra, hurtasen el Cuerpo, y le hurtasen sin ruido, y con un peligro manifesto de la vida? ¿Y todo esto por un hombre, que à no resucitar, los habria engañado? No, no, dice San Agustin: ¿ò los guardas dormian, ò velaban? Si velaban, ¿cómo dejan llevar el Cuerpo? Si dormian, ¿cómo saben que no habia resucitado, que vinieron à quitar el Cuerpo del Señor, y determinadamente, que los que le quitaron fueron los Discipulos? ¿Los vieron y los conocieron al estar dormidos? Si fueron los Discipulos los que le quitaron, ¿dónde está el castigo, ò à lo menos las averiguaciones que se hacen? ¿Y qué, se obra de este modo, y con tanto descuido, en una cosa, en que no les vá menos à los Judios, que saber si el que han entregado à la muerte es el verdadero Mesias; ò si acaso

Tom. IV.

G

de-

Para el día
de Pasqua.

deben esperar otro? Los Discípulos atestiguan, que este es el que acaban de crucificar, ¡y toda una Nacion se contenta con acusarlos de que quitaron el Cuerpo, sin hacer la menor diligencia para averiguar la verdad, descubrir la falsedad! ¿No se hallaban en parage en que pudieran desenterrar el Cuerpo? ¿No era el mismo dia en que decian que habia resucitado? A lo menos por qué no averiguan, por qué no inquietan?

Pero si los Judios niegan que Christo resucitó, ¿por qué los castiga Dios de una manera tan notoria y tan terrible, porque no dieron asenso à sus palabras? Una Nacion toda entera destruida absolutamente, sin Rey, sin Reyno, sin Ley, sin Tribu, sin Templo, sin Sacramentos, sin Sacerdote, sin Ceremonias, sin Sacrificios, sin Altar, ¿no es este el estado actual de todo el Judaismo? Una Nacion maldita de Dios de esta manera, errante por todas partes, vagabunda, sin heredades, sin dominio, sin nombre, sin apoyo, mirada con horror y execracion por todo el mundo, ¿qué delito ha cometido despues de la idolatria perdonada, para ser asi proscrita? ¡Qué ceguedad por lo menos es la suya, quando no vé que le fue profetizado este estado en castigo de su deicidio! ¡Admirable exemplo, oyentes mios, de la justicia de Dios; pero al mismo tiempo la imagen mas lastimera de nuestras almas, quando reusamos rendirle al Señor los omenages à que nos obliga la Fé! Acabemos

Para el día
de Pasqua.

mos ya: si Jesu Christo no resucitó, toda la Religion se arruinó para él; ya lo haveis visto. Si nosotros no resucitamos con él, toda la Religion se arruinó para nosotros: este es mi segundo punto.

PARTE SEGUNDA.

Para comprehender bien cuánto importa resucitar del estado del pecado à la vida de la gracia, basta establecer como principio cierto, que el estado del pecado es como un estado de muerte en que se halla el hombre despojado de todas las virtudes, y como en una tumba en que yacen, y están enterrados todos sus meritos. De este principio se sigue, que si no resucita el hombre del pecado à la gracia, es como si toda la Religion se hubiera perdido para él. Dos especies de pecadores son los que yo hallo, oyentes mios, que parece que no han comprendido jamás la importancia, y la necesidad de esta resurreccion espiritual de nuestras almas: unos, que solo se convierten en la apariencia; y otros à quienes aun la apariencia les falta. Los primeros viven, y se hán como si la apariencia sola les bastase; los segundos, como si la apariencia no les fuese necesaria. Ambos son errores que voy à deshacer, errores que voy à combatir, y errores que os parecerán otro tanto mas lamentables, quanto los notáreis mas comunes.